



Retrato de un Desconocido No. 1
Aguafuerte, punta seca y aguainta
49 X 65 cm
1971

LA REALIDAD EN BLANCO Y NEGRO

Ana María Escallón

Antonio Roda y Oscar Muñoz. Dos realidades, dos técnicas, dos generaciones que encuentran en la posibilidad de los contrastes, sus rutas. El espíritu se expresa y el hombre habla de su mundo y de su insólita realidad de caos.

El trabajo de Antonio Roda tiene varias alternativas, en este momento nos interesan sus grabados, en los cuales encontramos un mundo donde cabemos todos, porque en la distancia, esa su realidad, también nos pertenece. Nos atañen aquellos sentimientos que son íntimos y a la vez públicos que se reflejan en una esfera superior, aquel Olimpo donde están los miedos, las culpas y los fantasmas. En cada serie de grabados se integran varios símbolos, donde la existencia vive y donde el sentir profundo del hombre, repentinamente aflora. Esa es la referencia de Roda, aquella que sin ninguna pedantería busca encontrarle algún sentido a la vida. Por eso el arte es un reflejo del hombre. Roda no pretende llegar a otra realidad, que no sea la que llevamos por dentro, interpreta con una magistral técnica, la ilusión de una verdad sentida, también incluye un retazo de tiempo y espacio que tienen su propia crónica.

Encontramos por ejemplo en 1971, el "Retrato de un desconocido"; allí la figura humana se impone, existe un sentido de verticalidad que se mantiene como signo de fuerza. Es una gravedad coherente que no permite se desintegre la estructura, a pesar de sus presencias abstractas. Aparece una nueva reflexión sobre el "retrato". Es el retrato del retrato, donde se proponen otros niveles e interpretaciones de personalidad imaginaria. El grabado comienza por tener una vitalidad propia y se develan nuevas formas de intrigar en ese mundo de historias sin historia. En esta serie, Roda trata de encontrarle una fábula a un mismo cuadro, un señor del siglo pasado, pintado al óleo de forma académica inspira otra reflexión sobre el hombre mismo. Aquel que no tiene nombre, ni pasado, le sirve como pretexto. El deleite de anónimo da la pauta para imaginar la vida, su propia vida que se resuelve en un lenguaje intrépido, atemporal, espacial pero sin perspectiva, no hay otra referencia que la amenazante frontalidad.

En 1974, Roda tiene otro encuentro con ese mundo distante de lo anónimo. En un convento encontró una serie de pinturas, monjas retratadas después de muertas, y allí nació "el delirio". Un nuevo hallazgo de rostros sin vida, pero que encierran incógnitas y huellas detrás de esos ojos estáticos. Vuelve Roda a una reflexión de lo trágico, lo inerte, lo inexistente que en los grabados se carga emotivamente de tensión, fuerza y una gran vitalidad. Allí el creador encuentra sus recursos, todo es dinámica y la monja en su delirio muerto vive nuevamente, pero al mismo tiempo ese ritmo contenido y frenético, va cargado de una sensación estática y en esa contradicción sugiere la lucha entre los únicos polos en que se desenvuelve una historia con principio, fin. Es un lenguaje vital que habla de la muerte, que en su diálogo le sugiere una nueva alternativa a la vida; el hombre crea imágenes para encontrar una no restricción del tiempo como límite.

Las series de los "Amarraperros" (1975) y los "Castigos" (1978) tienen ese mismo diálogo con las instancias fundamentales de la vida, aquellas incomprensibles, que están presentes en la realidad de lo cotidiano. Existe una nueva lectura de lo que tiene rastro en la memoria, en la conciencia y la inconciencia; la carga moral que envuelve todo. Está en todo "el cuerpo y el espíritu, este conjunto de partes vivientes que se componen y se descomponen siguiendo leyes complejas. El orden de las causas es así un orden de composición y descomposición de relaciones que afecta sin límite a la naturaleza entera" dice Gilles Deleuze en su ensayo sobre Spinoza. El grabado se desarrolla de la misma forma, existen misterios, manchas entrecortadas y formas humanas que buscan una unidad en un eje contemporáneo. También está presente la historia de Goya, la luz de Rembrandt, el cubismo de Picasso, la abstracción y la figuración del siglo XX.

La aparentemente ingenua serie de "la Risa" (1972) también encierra esta dinámica propia. Nuevamente está el rostro humano y la contradicción del gesto. Esas risas infantiles pertenecen a un mundo de sutiles tormentas. La imagen límpida se disuelve en otro nivel, la risa diáfana es una

burla. Como Balthus parte de la inocencia para conquistar otros límites humanos. Evoca cariñosamente a Baudelaire y a la maldición de sus versos. Es un paso que nos descubre aquellos argumentos vacíos, que sirven como emblemas, apariencias que nos hemos inventado como espejo y sombra de nuestras debilidades. Todos fuimos jóvenes, y reímos con frescura, abiertamente desafiábamos el mundo sólo para aprender que el hombre tiene su destino. La risa diáfana tiene la virtud de encubrir los vicios, pero allí no hay carcajada, todo, se desenvuelve en el nivel más sutil, de la risa casi sorda, es sólo el eco de la burla sin prejuicios.

“La Tauromaquia” (1981) es una serie que le completa a Roda vacíos y nostalgias. Es un nuevo encuentro con la lucha, el reto de la fuerza y el encuentro con la muerte. Nuevamente hay vencedor y vencido. Es otro nivel de delirio donde se interpretan cargas emocionales, está de por medio el espectáculo, la sociedad y el hombre, se arman esas ilusorias crónicas que implican las batallas con sus efímeras y solitarias elucubraciones sobre el triunfo y la derrota.

La serie de la “Flora” (1986), es una reflexión de ausencias, la representación de las nostalgias que viven en la memoria. Son imágenes que están marcadas, no por la frescura de la naturaleza, sino por otro rasgo del recuerdo, es un mundo lúgubre, que encierra en su levedad grandes distancias. Es una reflexión sobre el tiempo presente, que siempre devela la incertidumbre del futuro y la imposibilidad de recuperar el pasado. La flor es una imagen del instante, es la penetración en los más íntimos límites, donde todo agobia, aparece una disoluta experiencia donde todo apremia, aparece la injusticia de la vida misma a través del tiempo.

Oscar Muñoz es otro artista que interpreta la realidad, ya no esa casi impenetrable experiencia interior de Roda, sino que amarra su figuración a los objetos. Su mundo son los hechos, de allí parte para construir nuevos universos de realidad, imágenes que contemplan la vida desde la identidad de los espacios. En los dibujos de Oscar Muñoz las cosas, los mundos interiores, los cuartos, los corredores, los baños, las cortinas son partícipes de una realidad, lejana, húmeda, calurosa y solitaria. Aquí el dibujo lo es todo, se defiende por sí mismo, como una posibilidad rigurosa. Es una experiencia que se une al sentido visual de lo insignificante, busca por eso el mundo cotidiano olvidado por el hombre, pero que está allí en toda

la contundencia. Se recupera el naufragio de la memoria y la neutralidad de lo común y superfluo. El espacio se recupera y el lugar se convierte en una crónica. El tiempo, es el tiempo detenido de una espera sin límite, es la representación de una expectativa simple que la vida pase, porque ya no hay nada, no existen las esperanzas, no hay otro reto ni otro destino que el cansancio.

Muñoz mira el tiempo detenido, que en su diario transcurrir se convierte en la marca de la costumbre. No se quiere ver más allá de lo cotidiano, porque allí también está la vida del hombre. Lo vemos interpretando mundos cargados de una atmósfera caliente, pesada, mil veces respirada y por siempre vivida. Entiende en su contexto, los recorridos de Proust, adapta a sus imágenes toda la posibilidad expresiva que tienen las cosas agotadas y se encarga de sacar de allí otras historias. Son imágenes despojadas y por eso significativas, están los espacios vacíos en su escuálida verdad, las eternas esperas de la vejez plasmadas en sus mujeres agotadas por la pobreza y el cansancio, están los momentos sin prisa, minados por una lerditud, por un lejano ruido callejero, y el inmenso silencio de la soledad.

El universo de Muñoz tiene una referencia concreta en las atmósferas, en el aire que envuelve cada momento, en esa luz que se cuele por la sombra, es una luz diurna y arrasadoramente brillante que se toma y comparte los espacios, le da dimensión y carácter a esa realidad de escuetas formas. Está el baldosín algo frío como testigo, como camino, es el mundo del transcurso dentro de límites. Están las ventanas empañadas, el baño húmedo, la cortina de plástico con resagos de agua. Son residuos protagónicos de una reflexión sobre lo real, lo irreal, lo inmensamente solitario, de una espera, de una acción, o de una partida sin regreso.